

Antes de conocer las de Disney, muy de niño ya mi abuela me hablaba de brujas verdaderas, que se posaban en las copas de los árboles y que no eran malas ni feas. A ti, Dieguita Acevedo de Barreto, en cualquier lugar en que te encuentres, dedico con cariño y respeto esta narración, que extendiendo con tu permiso, a todas las abuelas del mundo que con sus sanas historias enriquecen la imaginación de sus nietos.

Eddy León Barreto

A manera de prólogo...

EL PERDÓN DE LAS BRUJAS, llevó más de un año de investigación para que sus personajes pudieran actuar en dos marcos históricos importantes: el siglo XVII, el de la Inquisición, viajes de descubrimientos, comercio negrero, piratas, etc. y la década de los años 30, en el Siglo XX, la Europa pre segunda guerra mundial y una apacible población de Venezuela, donde ocurren hechos, sucesos, que para el momentos fueron extraordinarios y que hoy se han perdido en la memoria de sus habitantes. Es más, la existencia de brujas fue un cuento-verité?, de mi abuela y el cual comuniqué en la década de los 80 en una sección del diario El Nacional , de Caracas, que prácticamente fue el germen de lo que ahora es esta novela.

Resultó interesante adentrarse en esa etapa negra de la historia de la humanidad o de la iglesia católica, en la que millares de mujeres fueron achicharradas acusadas de mantener pactos con el demonio. Por siglos se corrió, se enmascaró, este también holocausto, que se unió al de los millones de negros sacados del África para explotar las nuevas tierras americanas, donde ya los conquistadores habían exterminado al 80 por ciento de los indígenas. Estos tres hechos de por sí, son suficientes para

interesar en una novela, y es lo que he escrito, sumando además la afrenta de la Alemania nazi, y algunos sucesos de mi ciudad natal. No hay que negar que los seres humanos somos tan especiales que podemos estar del lado del mal o del bien, y en cada una de estas partes se requiere de portentos, de poderes, o simplemente de deseos. Por lo que les cuento acá, esta novela de ficción histórica, creo que tendrá cierta atracción para el público en general, pero sin duda, a los jóvenes les encantará. Y esto lo digo porque mi "correctora y apoyadora", la colega, docente universitaria y amiga Carolina González, muy analítica y controvertida (! no sabes cuánto te agradezco tu tiempo y paciencia!) la ha calificado simplemente de BUENISIMA, y si ella lo dice...

Y mi agradecimiento a quienes tuvieron el aguante de leer algunas veces o escuchar de mi propia voz, los entretelones de lo que escribía, y me dieron ánimos para terminarla. Mi hijo mayor, el Junior, fue uno de ellos y, además, diseñó la portada. Y también gracias, a los que no se sintieron atraídos por su lectura pero lo que obligó a realizar acertados desvíos argumentales.

Barcelona, Anzoátegui, Venezuela, noviembre 2011.

ALEJANDRÍA 1600 Y TANTOS D.C

-1-

La punta del alfanje penetró casi hasta el hueso y le fue cortando la piel de la frente de una sien a la otra, pero Al Kalil ni cerró los ojos ni exclamó un susurro siquiera. Sentía que su sangre le bruñía el rostro ya cubierto de arena del desierto y bajando los ojos, veía cómo se desparramaba raudamente en su chilaba blanco que cambiaba rápidamente de color, pero atado de pies y manos como estaba y obligado sobre una silla, nada ganaba con gritar. Se había acostumbrado tanto a largas jornadas de ayuno y oración para enfrentar los demonios, que la de ahora no sería tan diferente salvo el tormento físico. Y seguro que lo seguirán trozando. Ahora su trinchante movió la hoja de acero que resplandeció a la luz de una lamparilla dejando ver tracerías muy bien labradas y comenzó a hundirla en los carrillos y prosiguió tasajeando los brazos; luego la bajó hasta el pecho para cortarlo en cruz, de lado a lado, arriba y abajo, y con este último movimiento tocando con dureza, como si reamolara la ya afilada hoja, el ternilloso esternón, incrementando así el dolor que ya resultaba insoportable. Pero Al Kalil creía estar en mejor posición que Esteban, al

que apedrearon hasta morir, el primer mártir del cristianismo. Por lo menos no lo estaban desollando vivo como habían amenazado sus captores, cuando lo sorprendieron saliendo del templo de Alejandría y lo llevaron a la cueva donde lo tenían ahora para que dijera dónde guardaba las cuartetas de Isaías que poseían el secreto para enterrar las legiones del *Abaddón*, sencillamente al propio *Exterminador*, a “la cola del dragón” de las criaturas infernales. Y una de ellas lo tenía en esta situación, en ese querer morir antes de traicionar, en ese llorar de dolor pero sin gritar, y lo buscado, lo largamente preguntado desde que se apoderaron de su cuerpo, para alegría de su ascendencia, estaba enterrado en otro lugar, en las nuevas tierras del cristianismo más allá de las Columnas de Hércules. Las habían asegurado en hojillas de plomo y guardado en arcón de plata, con el dedo con el cual Juan el Bautista mostró al Salvador del mundo, medallas de Munda y tierra sagrada del pie de la Cruz del Gólgota, por mil quinientos años, pasando de generación en generación hasta llegar a los Enríquez, de España. Ahora Al Kalil, a punto de morir, encomendó su alma al Señor y declamó a Isaías con voz agonizante, dirigiéndola a la presencia, a lo que sabía estaba allí, en la

semioscuridad, percibiendo sin miedo los dos carbones encendidos que por ojos tenía la figura infernal que miraba al frente: “¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te has venido al suelo, tú que debilitaste a las naciones! Pues te dijiste en tu corazón, me elevaré a los cielos, exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios: me sentaré también en el monte de la asamblea, en la parte del Norte; subiré más allá de las alturas de las nubes; seré igual que el Altísimo. Sin embargo, serás arrojado al infierno, a lo profundo del abismo”.

Y sin perturbarse por lo escuchado, Satanás, porque tenía poder para matar, consumió en fuego el cuerpo de Al Kalil antes de que pudiera despedir su último aliento.

- Hay que convertir a otro más débil que lo que era este para que me traiga esa arquilla- dijo-, y con solo un gesto, enseguida sepultó la cueva. Las cenizas del nuevo mártir se unieron con la tierra. “Polvo eres y en polvo te convertirás”.

"No hubo brujos ni embrujados hasta que se empezó a hablar y escribir de ellos"

Alonso de Salazar y Frías, Gran Inquisidor español, siglo XVII

«A la hechicera no dejarás que viva»

. Éxodo, 22.18

"No hay que creer que existan; no hay que decir que no existen".

Dicho español

**EN UN LUGAR DE ESPAÑA
SIGLO XVII**

